

PROLOGO

¿Análisis sociológico de la literatura vasca?

Más debe de tratarse del análisis de una locura, de una pasión, que de producción alguna de verdad, con empresarios, tablas de mercado, estadísticas y demás omnisciencias técnicas del campo de la producción. Haga usted una investigación sociológica de Júpiter. Más le valiera, amigo mío. O de las cuatro bestias del Apocalipsis.

Pero, si usted se empeña, yo le contaré nuestra historia.

1950-1960: aguardando el amanecer

Esta es la literatura del hidalgo vascongado. Aquel que dicen que se murió de hambre. Heredero —parece— del otro, del señor aquel de Alzate. Aquí, en Euskadi, no acaba de morir. Ni muere, sino vive, de hambre. Resucita cada día más, duplicado y triplicado. Es difícil decir en virtud de qué extraño misterio.

También el escritor vasco es una extraña especie, que por estas tierras puede toparse a veces, los días de niebla. Que de turbio en turbio ha de pasar los días de su vida, sin siquiera poder regalar generosamente su fuerza de trabajo. El papel está caro. Manchado de cuatro letras en euskera, más caro, carísimo. Por ser usted conspirador o algo así. Escriba usted en euskera un telegrama. La señorita le dirá que qué es eso, que eso no es una lengua, que usted ha empleado un código en clave inútil y que tiene que pagar tanto y tanto. Y parece que la señorita lleva razón, por un decreto de 1896, que diz que prohíbe el uso del euskera en Correos y Telégrafos...

El escritor vasco es el artista inesperado que escribe en una lengua que no existe y es, sin embargo, entendido, por los que tienen que entenderle.

Usted se acuerda de que leyes y decretos y demás bulas hay muchos: que prohíben el euskera en Correos y Telégrafos, que prohíben el euskera en las escuelas, que prohíben el euskera en los sermones, que prohíben el euskera en la enseñanza del Catecismo a los niños... Y usted dice que apañaditos estamos si hacemos caso de tanta ley. Y al decir usted eso, se encuentra ya en el camino de la santidad y de la perfección. Pues, como escritor vasco, se va a pasar usted la vida diciendo ¡que ya, ya!...

Ya veo: usted no querrá hacer caso de esas leyes. Pero sí que ellas de usted.

Toda su existencia desde hoy se moverá en el límite extremo de la legalidad, al margen mismo del derrumbadero. Usted escribe un novenario para rescatar las pobres ánimas del purgatorio —en euskera, bien entendido— y usted es, cuando menos, altamente sospechoso de simpatías rojo-separatistas. No olvide que usted pertenece a una provincia oficialmente declarada traidora. Oficialmente declarada provincia, en primer lugar. Por mucho que usted crea que pertenece a una nación, a la nación vasca. Usted puede pensar eso, porque el general dice que en España hay libertad de pensamiento, pero hará mejor en no pensarlo muy alto. Podrían oírsele. Libertad de ser oído no hay.

Pero hay una clásica tradición muy española que habla del borrico vizcaíno. Y usted, hijo de carlistas, hijos de carlistas, hace honor a la tradición. Con su fidelidad de siempre y a pesar de los pesares, escribe su novena por las santas ánimas del purgatorio.

Escribir unas páginas no es difícil. Usted lo ha aprendido, incluso gracias a la generosidad del nuevo Estado. Y gracias a un maestro sádico apodado «Beltza» en el pueblo, el Negro, que no se sabe de dónde vino, a quien se saluda brazo en alto. Seis años tenía usted cuando llegó a la escuela. La letra, que con sangre entra, bien que le entró a usted, mientras a ratos cantaba que si Isabel y que si Fernando, y que si empezaba a amanecer. Nunca acababa de amanecer. Pero eran los únicos minutos agradables de clase. Cantando: «...si te dice que Caín, me fuin, al puesto que tengo allí». Bien, usted aprendió a hablar en español. Que es lo que se debe. Ya puede usted escribir unas páginas.

Muy bien.

Usted escribe sus páginas y se va usted ahora a recorrer las oficinas de Información y Turismo; amplíe usted los pasillos de sus inacabables paciencias, vea por qué puerta amanece. Usted ha escrito una serie de páginas, pero, ¿ha escrito usted también alguna idea? No está mal. Tal vez podrá usted publicar un tercio de su idea. Exactamente el tercio que no era suyo y no era idea. En caso contrario, puede usted tratar de ver si la censura es más amable en Bilbao, o en Pamplona, o en Vitoria, o en San Sebastián. Si no, usted se coge los papeles y en Bayona todavía es posible publicar un misal en euskera, sin ser por eso terrorista. Y en México, dice que incluso se pueden publicar poesías vascas.

Pero el año de gracia 1950 y pico, no-sé-cuántésimo de la Victoria, usted y otros «borricos» han conseguido, al fin, que algunas cositas puedan publicarse en euskera. La Diputación, y el señor Censor, el mismísimo Delegado del

Movimiento y otros señores, que son amigos del amigo de su amigo, aquel que es bibliotecario, que fue requeté en el Tercio de la Virgen de Valbanera —el pobre estaba de vacaciones cuando civilmente le estalló la guerra— pues hacen la vista gorda, por no molestarse con el amigo de su amigo. Además, ya no vale la pena. El Su Santidad del Vaticano, el príncipe Pacelli, ha condenado y excomulgado solemnemente por su Santo Oficio a los comunistas y apoya incondicionalmente al nuevo Estado. Se firma el Concordato. La Asamblea de las Naciones Unidas ha permitido establecer embajadas en Madrid. Stanton Griffis llega con el saludo de Truman. Llegan también los créditos del Chase National Bank, del Import-export Bank, que el Congreso norteamericano ha autorizado. España entra en la FAO. España entra en la UNESCO. ¡Bienvenido, Mr. Marshall! Por fin amanece, la noche. Todo va de perlas. Las cosas han cambiado verdaderamente mucho. Usted y los demás «borricos» pueden incluso publicar algunas páginas en euskera. Y no sé lo que pasará, pero fusilados no serán ustedes.

Primero se trata de ir recogiendo los restos que han sobrevivido la guerra y el orden. En este momento tiene usted algunos despistes graves. Por ejemplo, usted se había imaginado, inocentemente, que la guerra ya había terminado. No lo había entendido usted bien. Sí, es verdad que el General así lo ha dicho, pero era para los vencedores. El General habla sólo para los vencedores. Usted no es de esos. La guerra ha terminado. Ahora se llama orden. Orden. Ya lo irá usted aprendiendo.

Eso quiere decir que usted ya puede escribir sobre las ánimas del purgatorio.

Usted escribe sobre las ánimas del purgatorio. Han pasado veinte años desde que estalló la guerra, tan civil. Y resulta que entre tanto ha crecido una generación, que no se interesa absolutamente por las ánimas del purgatorio. Que no sabe ni leer ni escribir en vasco. Que no ha oído nunca ni que haya habido una literatura vasca. Que, en cambio, ha oído constantemente que el vascuence es un dialecto despreciable de aldeanos ignorantes. Que ha sido severamente castigado cada vez que en la escuela —o en la calle— el maestro le ha sorprendido hablando euskera. El «Beltza» aquel. Que se avergüenza de saber euskera. Y cuyos padres no quieren que el hijo hable euskera.

No importa, dice usted: ya los recuperaremos. Y usted escribe. No quiero saber dónde ha aprendido usted a escribir en euskera, porque eso nos llevaría otra vez a los contubernios tan conocidos. Usted escribe. Pero usted se da cuenta de que no existen librerías vascas.

Ninguna revista vasca.

Ninguna publicación.

No puede usted ni hacer publicidad —propaganda ilegal— de sus papeles.

Usted, que además de autor es el editor de sus papeles y el empresario (de sus deudas), se hace también el vendedor de los mismos. Va de casa en casa. Naturalmente, de casa en casa de los trabajadores. Los otros ya lo han aprendido y leen ahora en español. Pero los trabajadores no leen. No tienen dinero para libros.

Usted, que tiene que vender sus papeles a precio de papel, aprende las reglas del marketing ese: primero hay que saber leer para ser lector. El escritor vasco escribe para enseñar a leer. Usted escribe, escribe, escribe. Va de casa en casa. Se vuelve loco. Se muere (en Euskadi se ha muerto uno muchas veces). Unos pocos «borricos» —de entre los de la tradición clásica— le ayudan. Prudentemente. A distancia. Y poco a poco la gente aprende a leer.

Un día llaman a su puerta unos muchachos. Han aprendido a leer y quieren aprender a escribir. Son estudiantes. Alguno que otro obrero. De noche escuchan Radio París. BBC. Moscú. Praga. Radio Euskadi. Alguien ha encontrado en la biblioteca de la Diputación una gramática vasca. La roba. Es de antes de la guerra. Dale al verbo: zeniezazkidaken, zeniezazkidaketen... Ustedes no se vuelven locos, porque ya lo estaban.

Hay que buscar libros. Hay que entablar contacto con los autores en exilio. En París. En Londres. En Guatemala dicen que aparece una revista donde colaboran los mejores escritores vascos. En Nueva York sale Argia. Al fin se enlaza con el famoso contubernio. Consiguen las revistas. Las reparten. Aprenden a escribir. Enseñan a leer. Entablan contacto con autores vasco-franceses. Con el monje y con el anarco-fascista anticlerical. Ya son un puñado. Van a las huelgas. Hablan con los grupos de danzas. Se revientan, monte arriba, con los montañeros. Visitan a los curas. Cenán con el viejo carlista. Hablan, discuten. Y un buen día usted descubre el milagro: ya no son un puñado. Son muchos los puñados que en Bilbao, en San Sebastián, en Vitoria, en Eibar, han empezado a moverse.

Mal que bien. se reorganiza Euskaltzaindia, la Academia de la Lengua Vasca.

Se multiplican las reuniones y las reuniones al margen de las reuniones.

Hay que enseñar a leer. Se intenta crear ikastolas.

Hay que crear editoriales, revistas. Surgen Itzaropena, Auñamendi, Auspoa; las revistas Egan, Jakin, Olerti (las más sin autorización ninguna). Se reeditan clásicos. Se escribe poesía nueva. Teatro. En algún sótano ensayan los actores. Aparece incluso una primera novela. Se traduce: Brecht, Cela, Hemingway...

En los últimos años 50 Euskadi está en ebullición. Euskadi hierve. Social, política, culturalmente. El verano de 1959 se constituye ETA.

Uno de los primeros y más importantes poemas de postguerra se titula Bizi nahi: querer vivir. Nacido como debe ser: escrito en Euskadi, publicado en Guatemala.

Antigua y continua agonía

Es ésta una historia realmente vieja. Fascismo arriba y fascismo abajo, los escritores vascos de hoy no nos sentimos más castigados por el destino que nuestros antepasados. Al contrario, nos sentimos más apoyados por nuestro pueblo, que generación alguna de escritores anteriormente.

En Castilla, en vísperas de la conquista violenta de Navarra —a traición—, el humanista Nebrija resumía, en aquella propuesta hecha a la reina Católica, toda una filosofía política, de la difusión peninsular e imperial del castellano:

Cuando bien conmigo pienso, mui esclarecida señora, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación i memoria quedaron escriptas, una cosa hallo i saco por conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, i de tal manera lo siguió que junta mente començaron, crecieron i florecieron, i despues junta fue la caida de entrambos.

Cuando Nebrija escribe esas recomendaciones, un tanto veladas, al frente de su Gramática castellana, España no es todavía ningún imperio. Pero piensa serlo. Sus ambiciones son patentes. Los planes de expansión están ya trazados. Y, sobre todo, la política de imperialismo lingüístico a seguir está ya fijada de antemano. Su confesor, Hernando de Talavera, aconseja, sabia y abiertamente, a la esclarecida señora:

Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tengan necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros desprendemos el arte de la lengua latina para desprender el latin.

La literatura vasca, que comienza con un autor navarro —de la Navarra derrotada y dividida, como sigue hasta hoy—, ya desde su primera página comienza con una vehemente protesta contra las burlas y vejaciones de que la lingua navarrorum es objeto. Burlas y vejaciones que Moret, el cronista del reino pirenaico, volverá a constatar y acusar como causa del debilitamiento del euskera. La literatura vasca comienza, asimismo, proclamando al euskera, por boca del autor navarro Etxepare, lengua nacional de los vascos.

De Nebrija a nuestros días corre una densa e ininterrumpida tradición. Pasando por Cisneros y por Felipe II, por ejemplo, que creían que moriscos e indios no podían ser buenos cristianos si no hablaban castellano. Pasando por Carlos III, el muy ilustrado, gran civilizador de indios, que disparaba decretos reales para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos dominios, y sólo se hable el castellano. Y pasando también —si usted permite— por los no menos ilustrados e ilustradores partidos socialistas obreros españoles, que honraron a Euskadi declarando sin rebozo, llevados naturalmente de su generoso internacionalismo y sin menoscabo de su ferviente amor al pueblo vasco: Quisiéramos un Gobierno que prohibiese los Juegos Florales..., que no permitiera la literatura regionalista y que acabara con todos los dialectos y todas las lenguas diferentes de la nacional. Que también de eso se encuentra en la curiosa historia de Euskadi.

Concluimos este brevísimo —vergonzoso— repaso histórico, con una voz autorizada que revela la política lingüística que nos ha tocado vivir a los es-

critores vascos de hoy. El autor, señor Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional (1939-1951), retorna significativamente a Nebrija, con lo que cerramos redondamente el ciclo:

Elio Antonio de Nebrija —y ésta ha de ser para todos los que lean las páginas de su Gramática la idea fundamental que más hondo cale en sus espíritus— fue, ante todo y sobre todo, un gran español. En pocos escritores de su tiempo he visto resplandecer con tan luminosa claridad la auténtica metafísica de España, y muy pocos me han hecho vibrar con tan cálida pasión de patriotismo. Nebrija estuvo presente en la gran hora histórica en que se consagra la unidad española, como el más grande cimiento de nuestra grandeza nacional (...). La unidad lingüística se requería así, como complemento de la unidad política (...). Una patria grande y unida ha de poseer una lengua común. Y ello por la necesidad imperiosa de que sea uniforme la voz de todos los españoles, y esa voz pueda conservarse en el futuro.

El viacrucis del escritor vasco es muy anterior a la Cruzada, a la liquidación de los Fueros, a las guerras carlistas, al «separatismo» vasco que sigue a la Revolución Francesa, a las burlas de Llorente y a las maquinaciones de Godoy, anterior también a la prohibición del Conde de Aranda de que se publicara nada en euskera sin su autorización personal. Es la historia de la constante amenaza de aquel pueblo que el Príncipe de Viana representó en su escudo en la forma de un hueso que dos perros —del norte y del sur— quieren llevárselo.

El escritor, cuya misión, en cierto modo, debería consistir en combatir contra su pueblo, se encuentra en Euskadi constreñido a defenderlo, a consolarlo, animarlo y darle esperanza; guiarlo, si puede; a ser el maestro de escuela que a este pueblo se le niega; a recordarle su historia, que se le oculta; sus tradiciones artísticas y políticas. Retener, es la primera consigna del escritor vasco. Tiene que sacrificar hasta la misma vocación de escritor. Es la única manera que tiene de ser un escritor honrado: perderse en el pueblo. Ser «conservador», para impedir el despojo a todos los depredadores.

Pero el escritor vasco no tiene que enfrentarse a diario solamente con la agresión externa. La cultura popular vasca ha sufrido y sufre una agresión interna no menos violenta por parte de la Iglesia, así como por parte de la burguesía palurda súbitamente enriquecida, que venga el complejo de su propia barbarie y falta absoluta de cultura, despreciando y persiguiendo a muerte la cultura y lengua vascas. Esos señores creen alcanzar un nivel cultural digno de su posición, comprando discos de Vivaldi —grabados, naturalmente, en el extranjero—, que los días de visita hacen escuchar a los honorables invitados; o comprando libros por metros, que adornan la sala-estudio; o cuadros de grandes dimensiones, cuyo precio no puede bajar del millón, de pintores que tampoco sean de aquí cerca, naturalmente.

El enemigo que nos aniquila —se quejaba ya Campión—, el enemigo que pretende borrar hasta el nombre de euskaldunas, el

desalmado aventador de nuestras tradiciones, el sacrilego violador de los sepulcros patrios, es enemigo doméstico.

El discurso del escritor y político Arturo Campión, diputado por Navarra, pronunciado en el Parlamento español a raíz de la «gamazada», en 1893, define la misión de aquellos diputados navarros, y bien sirve de definición fundamental de las funciones del escritor vasco ayer y hoy:

Aquí estamos los diputados navarros [léase, los escritores vascos] cumpliendo la misión tradicional de nuestra raza, que tanto en la historia antigua como en la moderna, y aún en la contemporánea, se expresa con el vocablo: RESISTIR. Aquí estamos escribiendo un capítulo nuevo de esa historia sin par, que nos muestra a los vascones defendiendo su territorio, su casa, su hogar, sus costumbres, su idioma, sus creencias, contra la bárbara ambición de celtas, romanos, godos, francos, árabes, y efectuando el milagro de conservar incólume, por luengos siglos, su nacionalidad diminuta, a pesar de Francia, de Aragón, de Castilla... La historia de ayer es la historia de hoy; y de igual suerte que nuestros progenitores defendieron el suelo patrio contra los ataques del extranjero, a quien no provocaban, estamos ahora defendiendo nosotros nuestro derecho.

Gabriel Aresti, representante de la poesía vasca de postguerra, muerto muy joven el año 1975, lo expresaba vigorosamente en una poesía, cuya débil traducción española dice así:

Defenderé
la casa de mi padre.

Contra los lobos,
contra la sequía,
contra la usura,
contra la justicia,
defenderé
la casa
de mi padre.

Perderé
los ganados,
los huertos,
los pinares;
perderé
los intereses,
las rentas,
los dividendos,
pero yo defenderé
la casa de mi padre.

Me quitarán las armas
y con las manos defenderé
la casa de mi padre;

me cortarán las manos
y con los brazos defenderé
la casa de mi padre;
me dejarán
sin brazos,
sin hombros,
sin pechos,
y con el alma defenderé
la casa de mi padre.

Me moriré.
se perderá mi alma,
se perderá mi prole,
pero la casa de mi padre
seguirá
en pie.

Ahí está, pues, el escritor vasco: ¡ecce homo! En medio de un pueblo sañudamente perseguido por propios y ajenos durante siglos. Eternamente burlado, pisoteado. Clásico perdedor de guerras y defensor de causas perdidas. Pueblo al que propios y extraños han negado violentamente toda cultura propia. Le han destrozado su lengua. Le niegan todo acceso a la historia propia y tratan de borrarle por todos los medios su conciencia. No sepa quién es, para que no vea qué han hecho y qué están haciendo de él.

Por eso mismo, la historia del escritor vasco no es sólo la historia de la resistencia vasca: es también la historia del hijo del hombre que vino a los suyos y los suyos no le reconocieron. Porque a los suyos esos, ya les habían arrancado los ojos. Imagínese una sociedad española en la que obispos, banqueros, gobernantes, industriales, maestros y maestras, comerciantes, curas, alcaldes y demás gente esclarecida, digamos, si usted les pregunta: «¿Sabe quién era Cervantes?», le fueran respondiendo uno tras otro: «¿Cervantes? Ni idea». Pues esa es la sociedad vasca de hoy. ¿Quién es Axular? ¿Quién es Leizarraga?... Los pastores de Urbasa y los picapedreros de Markina han tenido que aprender de memoria en la escuela qué día y qué año, qué isla descubrió Colón, cómo se llamaban las carabelas aquellas, de dónde partieron, qué Pinzones las tripulaban, qué fue lo primero que hicieron al pisar tierra. Todo perfecto. Pero cuándo y cómo fue invadida Navarra y perdió su independencia, por ejemplo, haga usted una encuesta, ¡hágala!, cuántos alcaldes lo saben en el viejo reino mismo.

Nafartarren arraza, hila da ala lo datza, dicen los primeros versos del conocido poema al Vizconde de Belzunce, que todavía los batallones carlistas cantaban. En español: «¿La raza navarra está muerta o sólo duerme?» Ni está muerta, ni duerme. Pero sí está gravemente herida y se desangra. Eso es Euskadi. Y ahora vea usted en qué puede consistir ser escritor ahí.

Literatura y sociedad

El escritor vasco, en general, no es propiamente un literato. Algún literato vasco lo ha llamado —no sin cierto desprecio— «escribidor». Y, sin embargo, la literatura vasca vive gracias al escribidor, al peón de la pluma, que día a día, o mejor noche a noche, sacrifica su misma vocación literaria

para dedicarse a humildes trabajos de pluma. En consecuencia, el de los escritores vascos es un grupo artísticamente mal diferenciado. La escasez de autores, el número reducido de gente que sabe escribir euskera, o puede hacerlo sin inconvenientes políticos y económicos demasiado grandes, y la multitud de los quehaceres, obligan al autor vasco a multiplicarse y a escribir de todo y en todo: del periódico al libro, poesías igual que libros de investigación o libros de texto, el panfleto clandestino y el guión radiofónico de solemnidad. Casi siempre, lo que le han encargado. Siempre, con prisas. O bien el escritor vasco es, además, editor, cantante, actor de teatro (de las obras de su amigo, también escritor), librero, político por pasión, etc., y ejerce algún oficio, pues del oficio se vive, amigo, no de la pluma.

El escritor vasco no es, pues, un literato. Hoy por hoy se reduce a realizar los trabajos de pluma más urgentes y elementales, con los que cree realizar un servicio a su pueblo. La literatura vasca es literatura de catacumbas. Literatura realizada a pedazos de noche, entre muertes y muertos, por un subproletariado que no se cansa de martillar con la pluma. Creo que la conciencia del escritor vasco es muy particular y característica. Se siente más directa e inmediatamente comprometido con su pueblo, que con la literatura, que es su métier, en cuanto arte. Lo que le da ese carácter «político», de que ha sido achacado con frecuencia. Es un militante de la résistance espiritual. Más de uno ha llegado a escritor, no por vocación literaria, sino atormentado por la miseria cultural que padece su pueblo. Para el escritor vasco la misma poesía, que él desearía fuera una viola, se convierte en martillo, instrumento de trabajo... El escritor vasco es más consciente que nadie de su precaria condición. Pero él sabe también, mejor que nadie, que si la historia —digamos que la historia— ha convertido a este pueblo en un pueblo de parias culturales, éste no puede ofrecer mejor fortuna a sus escritores. Es un Prometeo encadenado. Encadenado a su pueblo encadenado. Condenados de esta tierra.

Es triste la literatura vasca. La literatura que corresponde exactamente a nuestra historia, que no tiene nada de «gloriosa». (Los dioses tengan la bondad de preservarnos también en el futuro de historias gloriosas, si al menos tienen la bondad de preservarnos por el momento de una ignominiosa muerte). Euskadi no tiene Escoriales, Valles de los Caídos. Sí un montón de caídos por los siglos de los siglos. Un pueblo de trabajadores. No de conquistadores. La literatura que corresponde a nuestra cultura: popular y molesta. Sin universidades, sin salones de Madame de Rambouillet, sin cafés literarios burguesitos. Eso que llaman ustedes cultura, seguramente no existe en Euskadi. Boccherini y otras cortesías.

A la raza vasca —decía Ortega y Gasset— único grupo étnico peninsular que conserva vigorosas las disciplinas internas de una raza no gastada (?), sólo le falta cultura. Sánchez Albornoz sabe muy bien —porque Sánchez Albornoz sabe muchas cosas muy bien — que los vascos tenemos mil años menos de civilización que cualquier otro pueblo... Cultura y literatura vascas son cultura y literatura del pueblo trabajador y del clero bajo más allegado a las clases trabajadoras. No de sus clases dominantes, ni de la nobleza, ni de la burguesía. Una cultura que desde ciertas altísimas alturas ni siquiera se ve, por lo visto.

Aquí, en Euskadi, donde las palomas son un comestible más, la literatura no es un género de consumo. No es flor. Busque usted una flor en Bilbao.

Literatura es trabajo. Arados, yunques, barcos. Es una herramienta. Es la vida dura y larga de las gentes que viven muriendo, en el polvo del trabajo, en el monte, en el mar oscuro, en la iglesia de paredes altas, entre horribles camiones, en tabernas llenas de hombres. Literatura sin mujer. Hecha siempre con fines muy concretos. Sin libertades. De resistencia: dura e inmóvil. Sin ataques. Sin conquistas.

Sin embargo, el pueblo trabajador vasco no habla sólo el lenguaje del martillo. Ni es monolingüe en espadas, espadones y demás cimitarras, aunque largo tiempo algunos no le hayan hablado otro lenguaje que el de los sables. El pueblo trabajador vasco tiene su arte, su literatura.

Hoy asistimos a un sorprendente y enérgico resurgir de la cultura y literatura vascas, que algunos creían definitivamente condenadas a muerte. No pocos observadores hablan incluso de un renacimiento cultural vasco. Puede llamársele como guste. Seguramente serán los escritores vascos los últimos en considerar de ese modo este fenómeno, que en sí es indiscutible. Para ellos no se trata de Renacimiento. Es la «larga marcha».

Ni se trata de un fenómeno específicamente vasco, ni de un fenómeno primordialmente cultural. Se trata, en Euskadi, como en Catalunya y en Galicia y en todas las minorías oprimidas, de un fenómeno radicalmente político, reflejado en el campo cultural. Renacimiento cultural que responde al renacimiento nacional.

Para nosotros, escritores vascos, el euskera o vascuence es la lingua navarrorum, la lengua patria, como lo definió el rey Sancho el Sabio. (¡Mire que también los vascos tengamos un rey Sabio!) Cuando nosotros hablamos de literatura, hablamos, sobre todo, de la falta de literatura, pues hablamos del pueblo vasco sempiternamente burlado, ultrajado. El escritor vasco no sólo escribe para ese pueblo; escribe, sobre todo, en lugar de ese pueblo y en nombre de ese pueblo, que una determinada política ha reducido sistemáticamente al analfabetismo total en su propia lengua. Nosotros no reclamamos el derecho de hacer lindas poesías a la pura, encendida rosa en una u otra lengua. Reclamamos el derecho a existir como nación vasca. A figurar como nación con cultura propia, con literatura propia, entre las naciones. A rehacer esta personalidad deshecha.

Por eso mismo, el escritor vasco se ve obligado a luchar no sólo contra la dictadura, la censura, las ideologías y los nacionalismos dominantes, internacionalistas algunos de ellos —todos igualmente opresores—, las represiones personales de todo tipo y todos los demonios que apestan el aire desde hace cincuenta años. El escritor vasco no puede hacerse ilusiones en este sentido. No lucha contra cincuenta años, lucha contra la historia. El lucha contra las clases oligárquicas que la siguen despreciando y explotando; contra el Estado que nació no reconociendo la personalidad política, ni la cultural, de la nación vasca; contra las tradiciones y contra todo el universo heredado de hábitos de pensamiento y valoración, responsables, en definitiva, de la opresión y de la miseria cultural vascas. El escritor vasco entiende su labor como la creación de una necesaria contra-cultura, que no es precisamente anticultura. Bien sabe él, que ello sólo es posible dentro de una revolución de y contra la historia. Porque historia seguimos llamando a la historia de los vencedores. A la historia de las clases dominantes. Cultura, sólo a la cultura

de las clases dominantes. En esta lucha, que sólo puede tener sentido si es la lucha del pueblo entero, el escritor no es ni protagonista ni vanguardia. Pero sí tiene un campo bien definido.

Antes que nada y antes que todo, la revolución cultural consiste en que haya cultura. Y la cultura, o es propia, o no es.

Durante siglos se ha pretendido obligar a los oprimidos a hablar el lenguaje de los dominantes. A sentir como ellos. A llorar y reír como ellos. Pero la historia que se sigue enseñando y aprendiendo no es la de las clases dominantes porque las dominadas no hayan tenido historia ninguna. Sino porque éstos, realmente, han hecho la historia de aquéllos. Han hablado el lenguaje de aquéllos y es hora de que hablen su propio lenguaje. Esa es la función del escritor vasco. Que el pueblo vasco haga su propia historia y hable su lenguaje propio.

1960-1975: la larga marcha

Los años 1962-1963 se publican 66 libros en euskera. Los años 1972-1973 han sido 101.

Si prescindimos de la literatura publicada en el exilio, después de la guerra, la literatura vasca guarda, durante más de diez años, silencio de muerte. El primer libro vasco literario editado en Euskadi tras la ocupación vio la luz el año 1949: un poema religioso de Salbatore Mitxelena. Poco después el autor se vio obligado a emigrar.

Sigue la edición del poema Euskaldunak, de Orixe, el año 1950, obra terminada en vísperas de la guerra; mientras su obra se edita en Euskadi, el autor vive en exilio.

La guerra tuvo consecuencias funestas para el desarrollo de la literatura vasca, que precisamente acababa de iniciar, en los años 30, una interesante y prometedora renovación. Sin embargo, los mayores obstáculos que la literatura tendrá que superar en nuestros días no provienen directamente de la guerra. Nuestra generación literaria se verá obligada a reanudar, con treinta años de retraso y con la correspondiente violencia, la obra de radical renovación que la generación de anteguerra se vio impedida de realizar; renovación que no tiene otro fin que hacer del euskera la lengua realmente nacional de los vascos, como lo había proclamado el Proyecto-Estatuto de Estella en 1931.

El euskera, como lengua no oficial, es una lengua inútil, cuando no —en diversos sectores muy importantes— una lengua inexistente, por ser lengua oficialmente proscrita. Así, por ejemplo, en todo el sector de la enseñanza, desde las escuelas elementales a la universidad. Los esfuerzos que diversas instituciones y personalidades vascas han realizado repetidas veces a través del siglo XIX y de éste que padecemos, por institucionalizar la enseñanza en lengua vasca, todos ellos se han visto —excepción hecha del breve período de gestión del Gobierno Vasco— abocados al más absoluto fracaso. Y, ciertamente, no sólo por la intolerancia del Gobierno centralista, sino también y, tal vez sobre todo, por culpa de las clases dirigentes vascas, desde siempre desdeñosas de

toda cultura vasca. Asistimos al mismo espectáculo en el siglo XVIII. E incluso en el XVI.

El resultado natural ha sido que el pueblo trabajador asimilara la ideología dominante y desdeñara a su vez el euskera. Conocida es la declaración de los obreros eibarreses: Hablamos vascuence, porque no sabemos español. Nosotros hablaríamos con muchísimo más gusto en este idioma, pero querer no es poder. O la otra declaración de un ayuntamiento vasco: Este ayuntamiento, junta local y padres de familia, han recomendado siempre a los maestros que no permitan nunca que sus discípulos hablen el vascuence dentro ni fuera de la escuela, pues desengañados estamos de que lo que necesitan los jóvenes es saber el español. No son cosas de la oscura Edad Media. Son casos de este muy civilizado siglo XX.

Los escritores vascos, si bien no han dejado de protestar contra esta situación, se han resignado a ella. Se han limitado a protestar y a resistir pacífica y pacientemente. Se han refugiado en los campos que aún les quedaban, produciendo por lo general una lastimosa literatura marginal: literatura religiosa y poesía facilonas. Se han mantenido a la defensiva. Pero han mantenido la defensa justamente en los campos que no eran de batalla...

Gracias, sobre todo, al impulso de Sabino de Arana Goiri, la anteguerra conoce un primer cambio de actitud en los escritores vascos. Estos se muestran mucho más ambiciosos. No se limitarán ya a la defensiva. Luis Michelena ha destacado en estos escritores el espíritu nuevo, que había de transformar en muchos aspectos las características de la literatura. En pocos años puede constatarse una pequeña pero selecta producción literaria. Pertenecen a esta época dos figuras máximas de la literatura vasca: Lizardi, Orixe. Con razón escribiría Azkue: ¿A quién, después de Dios, se debe el renacimiento vasco en todas sus manifestaciones? Fundamentalmente, principalísimamente, a Sabino de Arana Goiri.

Ya no es la poesía el único género cultivado desinteresadamente; desaparece el antiguo predominio de las obras de edificación y formación religiosa, aunque, desde luego, el fondo de todo lo que se escribe sigue siendo estrictamente católico; se trata con empeño de buscar a la lengua nuevos campos de manifestación, de cultivar los que estaban sin cultivo, y, por consiguiente, es cada vez mayor el número de traducciones de obras profanas consideradas como modelos (L. Michelena).

La guerra dio al traste con estas actividades. Tras los duros años de postguerra, el decenio 1950-1960 ve reagruparse nuevamente a los escritores vascos, destacando entre ellos los autores jóvenes.

De todos es conocida la agresividad social y política que el pueblo vasco ha venido manifestando desde los primeros años 60. Fácilmente se observa la correspondiente agresividad en el campo cultural, en nuestro caso en el campo literario, tanto en lo que concierne a las ideas como a las formas. Las ambiciones truncadas de la generación de anteguerra hallarán su continuación, en forma tanto más radicalizada, en esta nueva generación de escritores, que rompe decididamente con las limitaciones tanto formales como temáticas de

la literatura clásica vasca. La voz de Etxepare vuelve a resonar con nuevo brío: Heuskara, ialgi adi plazara; ialgi adi mundura.

El movimiento literario ha estado y está íntimamente ligado con el movimiento cultural de estos años en general, y muy especialmente con el movimiento de ikastolas, campañas de alfabetización y cursos de enseñanza de la lengua vasca. El éxito del enorme esfuerzo de adaptación que a través de estos difíciles años de paz se ha llevado a cabo en el campo de la literatura, depende ahora, de modo decisivo, de que las instancias políticas responsables permitan y positivamente promuevan la creación de la infraestructura básica necesaria: escuelas vascas, universidad vasca; institucionalización y apoyo económico de los cursos de enseñanza del euskera; planificación, institucionalización y apoyo de las campañas alfabetizadoras.

La larga marcha no ha hecho más que empezar. Aún queda un largo camino hasta que la lengua vasca sea efectivamente la lengua de todos los vascos. Digamos que no más empieza a amanecer... A propósito: al igual que hasta hoy, en ese largo y difícil camino, al escritor vasco siempre le cabrá el consuelo, cuando menos, de saberse unido con el pueblo trabajador vasco en «la unidad de destino en lo universal», cualquier cosa que eso sea. Séale también lícito a un escritor vasco valerse de cuando en cuando de tan altos, sonoros y significativos conceptos.

JOXE AZURMENDI